

su desembarque. Esto se ve con toda claridad en la historia de todos los descubrimientos. El hijo de la bárbara Cólquide se veía en el caso de sentir hacia el griego recién desembarcado la misma veneración que sentían los indios del Nuevo Mundo hacia los españoles unidos indisolublemente, según ellos, con su caballo de guerra que, á sus ojos bárbaros, aparecía cual un centauro, y armados del relámpago y del trueno por la pólvora, que aparecía en sus in-experiencias como un fuego mágico depositado por los poderes celestes en manos de sus divinos descubridores.

Pero en quien principalmente se conocía esta influencia del descubridor era en las mujeres. La fuerza, las aventuras, las batallas de los navegantes, conmueven profundamente la naturaleza nerviosa y la fantasía poética de toda mujer verdadera. Un culto indeliberado, pero fervoroso, brota en ellas hacia quien ha combatido y triunfado en los empeños múltiples de sojuzgar la naturaleza. El hombre, que llegaba por aquellos apartados tiempos á las desconocidas riberas del mar Negro, á sus puertos misteriosos, á sus poblaciones semibárbaras, después de haber combatido con los huracanes, con las tormentas y domeñado el mar y puesto como á servicio suyo el cielo con todos sus poderes, no tenía que hacer nada para quedarse con el co-

razón de la mujer, con ese corazón tan abierto al entusiasmo y tan propenso á convertir el entusiasmo en amor. Tenía el rey, como hemos dicho, una hija, y esta hija se había prendado, en su natural entusiasta, del hombre que representaba triunfos y combates. Medea lleva en sí una significación trascendental indudable. Por ella, merced á ella, el navegante descubridor logra el objeto de sus viajes, pero por ella, merced á ella, el navegante descubridor hace también su desgracia. El arte antiguo ha querido significar en esta gran tragedia del influjo fausto y nefasto ejercido por Medea sobre Jasón cómo todo laurel lleva en sí mismo su veneno, todo trabajo su fatiga, toda inspiración su dolor y todas las redenciones su respectivo martirio. Medea representa la civilización inferior dejándose arrastrar del influjo soberano ejercido por la civilización superior y rindiéndole por ende á ésta los seguros todos de su gente y abriéndole todos los secretos de su religión y de su ciencia. La única ventaja que acaso tuviera la civilización de la Cólquide sobre la civilización de la Grecia estaría en el vellocino de oro. Estas civilizaciones antiguas, llegadas á la barbarie por la vejez y por la corrupción, guardan algunos secretos de los tiempos pasados, utilísimos á los pueblos jóvenes y á las edades por venir. Y como saben instintivamente que sólo en alguna es-

pecie así estriba su grandeza, la guardan y la recatan cuidadosos con verdadero celo. Así el rey guardaba su vellocino de oro.

Mas no se creía ni estaba en el mismo caso Medea. Enamorada perdidamente de Jasón, oía tan sólo el reclamo de su amor. La pasión desapoderada y desordenadísima subiósele á la cabeza y le dió la ceguera en los ojos del cuerpo, y en los ojos del alma la embriaguez que perturba todas las facultades internas y oscurecen todos los objetos exteriores. Mientras Eetes conservaba recatada y oculta la reliquia única de su civilización y el talismán único de su magia, Medea, fuera de sí, exaltada, borracha de amor, enloquecida, sin vista para mirar y sin seso para conocer los peligros, revela todos los secretos á Jasón, le muestra el camino de la cerrada joya, le dice cómo vencerá los toros de bronce que guardan el vellocino de oro, le mata con sus sortilegios el dragón defensor de aquel cerrado santuario; ella misma se da y entrega de grado al audaz; por él abandona la patria y la familia; por él mata, en su insensatez, á los propios hermanos y esparce sus restos en el camino á fin de que no puedan los perseguidores ir en su seguimiento alcanzarlos; por él provoca todas las iras de sus dioses y arrostra todas las maldiciones de sus gentes. Pero así están constituidas las socieda-

des humanas, y con esta uniformidad y monotonía terrible repítese de antiguo á sí misma la historia universal. La civilización inferior siente por la civilización superior una especie de pasión que la ciega, y la trastorna, y la conduce como de la mano á descubrirle todos sus misterios, á revelarle todos sus secretos, á ofrecerle todas sus riquezas. Acordaos del indio que se prosternaba de hinojos bajo los árboles vírgenes, á las orillas del Mississipi, ante los descubridores ceñidos por las armaduras glorificadas en la toma del Darro y del Genil, declarándolos con las manos plegadas y los ojos estáticos sus verdaderos dioses. Acordaos de aquellas mujeres, que se han rendido en los primitivos tiempos de los descubrimientos á héroes como Hernán Cortés, sin experimentar escrúpulos de ningún género, al traicionar su gente y entregar como vil mercancía sus dioses patrios y domésticos. Medea representa eso y significa eso en la historia griega, la doble fascinación ejercida por el descubridor sobre la tierra descubierta y por la tierra descubierta sobre su descubridor. Estas escenas del teatro antiguo, tan interesantes, y estos amores, tan trágicos, de sus héroes, tienen tal significación verdadera en los incidentes de la historia.

Sucedió entre Medea y Jasón lo que no podía menos de suceder, dado el diverso temperamento

natural de los dos y el diverso temperamento habitual de sus respectivas costumbres. Medea, que había puesto á servicio de Jasón toda la ciencia de su tiempo y de su pueblo, facilitádole, contra los intereses de su familia y de su patria, el áureo vellocino, herido el corazón de su padre con herida indecible y sacrificado su propio hermano, parricida moral y material fratricida, no tenía después de todos estos holocaustos presentados al amor otro remedio sino ligarse á Jasón como al tronco la hiedra, y de Jasón vivir en este mundo y con Jasón bajar á los infiernos. Pero á éste no le sucedía lo mismo. Ido á las costas del mar Negro, siniestras y repulsivas para su gente, requiriendo un secreto ya descubierto y buscando un objeto ya encontrado, el fin de su navegación se había cumplido, y después de semejante logro, Medea le resultaba un compañero incómodo, cual testimonio vivo de haber triunfado, no por la inteligencia, y por el valor, y por la destreza, y por las demás cualidades apreciables en el varón, sino por el vulgar atractivo de sus prendas físicas y personales, fácilmente avasalladoras de cualquier hembra sensual y enamoradiza. Medea revelaba con su presencia en el hogar de Jasón cómo las adivinanzas y los augurios de una maga extranjera, sus mixturas, sus embrujamientos, cual diríamos ahora, sus farsas, sus evocacio-

nes, sus sortilegios, habían el vellocino entregado á los griegos y no la ciencia de Grecia. Además, las costumbres conyugales, pasadas luégo á leyes, oponíanse al casamiento de un griego con mujer extranjera. El matrimonio antiguo helénico tuvo todas las condiciones del matrimonio cristiano, la monogamia, la indisolubilidad. Grecia quiere que sus hijos los ciudadanos se unan con sus hijas las ciudadanas en virtud de leyes civiles y políticas, las cuales quieren también que tenga cada hombre una sola mujer y que sólo aparezca como legítima la prole habida en matrimonio legal, excluyendo, así de las familias como de las herencias, al fruto de la prostitución ó de la barraganería. El matrimonio griego constituye un sacerdocio, porque, pontífices y monarcas en el hogar los maridos, necesitaban como ministros de su realeza y sacerdocio á las bellas y fidelísimas esposas. La familia estaba fundada en el culto á los progenitores, en la comunión espiritual de los vivos con los muertos, y dentro de esta religión sublime, religión de la inmortalidad, la mujer, no sólo cuidaba del fuego necesario á la familia sobre la piedra del hogar, sino también del fuego necesario á los muertos sobre la piedra del sepulcro. ¿Qué podía Medea tener de común, ella, hija de la Cólquide, con los predecesores ilustres de Jasón, su esposo? Así el matrimonio

con una extranjera traía la pérdida de los bienes para el marido que lo aceptaba y para el padre que lo disponía. Uno de los más bellos monumentos del arte dejados por el mundo antiguo al mundo moderno es la célebre acusación del inmortal Demóstenes lanzada sobre la familia helena ó ateniense que uniera uno de sus jóvenes hijos con Necera, extraña completamente á Grecia y además pública hetaira. Pocos fragmentos de antigua elocuencia tan bellos como aquel en que Demóstenes recuerda con tanto vigor á los jueces cómo, en el caso de una increíble absolución, jamás podrían presentarse como atenienses ante los ciudadanos por haber desconocido sus leyes civiles, y como hombres ante sus prójimos por haber desacatado sus leyes morales. ¡Con qué indignación se levanta furioso contra la posibilidad sancionada por jueces atenienses de que una extranjera, y extranjera prostituída, participe de los ritos sacros y ocupe allí en el hogar el sitio reservado á vírgenes íntegras y honestas! Jasón llevó una extranjera, contra todas las tradiciones patrias, al suelo de la sacra Grecia y al seno del hogar doméstico. Su inferioridad natural respecto de las mujeres griegas debía en cada momento patentizarse ante todos y por todos reconocerse. La supremacía guardada por la Cólquide sobre la Grecia, merced á su áureo vello-

cino, habíase acabado con la posesión y acaparamiento de objeto tan rico. Por consecuencia, Jasón se hallaba, merced á su propia victoria, impedido completamente de lograr aquello mismo logrado cuando quisiere por el más humilde y más oscuro de los griegos, una familia helena, de su propia raza, de su propia sangre, de su propia religión, unida en el culto á los mayores y animada también de un solo espíritu generador de los mismos recuerdos y de las mismas esperanzas.

La ciencia de Medea, ciencia mágica, muy útil en los pueblos y en los tiempos asiáticos, no servía para gran cosa en los tiempos y en los pueblos griegos. El arte público, la ciencia en escuelas, el verbo libre, la profesión de sabio dejada por las costumbres á todos cuantos quisieran desempeñarla, el odio á los misterios y á los privilegios, el desarrollo de la razón privada y pública, naturalmente hacían que toda la ciencia quiromántica y astrológica de Medea perdiese allí su natural influjo antiguo, resultando una reacción vergonzosa. Medea, en esta simbólica de las edades y de las historias legendarias, me parece á mí, sin que resulten las interpretaciones más muy violentas, la ciencia mágica de los viejos orientales, que después de haber entregado á los griegos su prenda mejor, el áureo vellocino, indispensable á los cambios mercantiles

tan productores de civilización y de cultura, ya nada puede hacer, y cae menospreciada como la corteza de un fruto aprovechado y comido. Jasón, pues, tratará por todos los medios imaginables de apartar á la hechicera que no le sirve gran cosa y unirse con mujer de su culto y de su raza, la cual mujer ha de santificar su vida y conducirlo como de la mano después de muerto al sitio sobrenatural donde reposan sus mayores. Por otra parte, Grecia no podía menos de premiar con excelso premio al hombre que representaba el progreso de la navegación en su tiempo, de la navegación indispensable á regiones de largas costas, de múltiples islas, de puertos y ensenadas rientes, próxima por un lado al Egipto y al Asia, próxima por otro lado á Italia, cuyas más hermosas regiones llamáronse grande Grecia; por todos estos motivos, necesitadísima tanto de naves como de tripulaciones, y obligada con el hombre portador, ya fuera merced á su industria, ya fuera merced á su fortuna, de un secreto muy favorable al cambio, al comercio, al colono, á todas las irradiaciones de Grecia. Cuando hoy vemos nuestros grandes navíos parecidos á ciudades flotantes, con sus cartas de marear que les trazan todas las rutas del Océano inmenso, con sus instrumentos de náutica y de astronomía, con sus calderas de vapor que les permiten navegar contra todos

los vientos, apenas recordamos el tronco prehistórico, quizá caído por casualidad sobre las aguas y mostrando por casualidad al salvaje sus propiedades, que le permiten flotar sobre las olas; ese tronco flotante que Jasón, dirigido por Atene ó Minerva, diosa del saber, ahueca, ciñe de remos, arma de un mástil, dirige con un timón, impele con una vela de lino, adorna con un altar, cumpliendo así uno de los mayores progresos y alcanzando esta corona legendaria de poesía que le permite pasar á la posteridad y á la historia entre los resplandores de una trágica pero incomparable grandeza. Nada tan lógico y natural como todo cuanto le pasa después de sus esfuerzos y de sus triunfos. Si por haber llegado á la Cólquide vieja en barco bajo su dirección construido y por sus puños gobernado merece los amores de Medea, por haber vuelto á Grecia después de penetrar y salir en el mar Negro, de conocer, así la desembocadura del Éufrates como la desembocadura del Nilo, y de traspasar las columnas del divino Hércules, inviniendo nuestra patria, el jardín de las Hespérides, y tocando en las regiones boreales de nuestro continente, por todo esto, bien merece, con seguridad, el amor de Creusa. El rey y padre de esta virgen, el célebre Creonte, debía, por natural razón, querer que su hija se casase con el gran piloto que había descubierto

tantas tierras y que podía por ende ofrecer en lo futuro á sus súbditos muchas facilidades, tanto para la navegación como para la colonización y el comercio. Medea no debía parecer grande obstáculo á Creonte. Una gitana invenida por su futuro yerno al paso, un recreo de navegante hastiado, una concubina de ocasión, á la cual había que satisfacer con amor pasajero y sensual favores de pasaje, no podía surgir como un grande obstáculo en el proyecto de dar su trono regio y sus dioses lares al primero entre los navegantes de Grecia.

Creonte mandaba en una de las ciudades griegas que más habían menester un verdadero navegante. Esta ciudad se llamaba Corinto. Desde tiempos inmemoriales tenía Corinto ricas y poderosas colonias entre las cuales se hallaba Corcira, una de las más bellas islas jonias, rival feliz de su espléndida metrópoli. El istmo corintio tendido entre los golfos de su ciudad y de Salaros unía el Peloponeso con la tierra firme y le daba muy ventajosamente á la ciudad erigida entre dos mares y colocada como al frente de aquella hermosa península privilegios los cuales pedían para su gobierno un marino del saber y del fuste reconocidos y proclamados por todos en Jasón. Gobernar en ciudad tan hermosa, cuyo nombre lleva uno de los más bellos géneros en las antiguas artes arquitectónicas; presidir

la liga de sus colonias, coro de verdaderas nereidas como Ambracia, y Corcira, y Potidea, y Apolonia; asistir en calidad superior de jefe á los juegos ístmicos, los cuales competían con los primeros juegos helénicos; mandar aquella raza de nautas heroicos, quienes en sus naves áureas llevaban la civilización y la cultura por todos aquellos celestes mares, debía tentar á un hombre como Jasón para pedir la mano de aquella hija de Creonte, dotada por el cielo desde su regia cuna con tan vasto imperio. ¿Qué obstáculo podía Medea presentar al inmediato logro de tan vivo deseo? Extranjera, bárbara, hija de reyes orientales, con sus orígenes asiáticos por todo timbre, no debía, no, aspirar al título de mujer legítima que le negaban á una las leyes y las costumbres griegas. Además, lo que podía perder como legítima esposa ganábalo como amante madre. Sus hijos podían aspirar, teniendo un padre que reinara en Corinto, á todas las ventajas del principado antiguo, no asequible á los hijos de un concubinato maldecido por la conciencia helénica. Estas reflexiones fueron principalísima parte á que Jasón creyera poder casarse sin escrúpulo alguno con Creusa y poder conjurar sin riesgo alguno la cólera de Medea.

No contaba con la hechicera. Esta se creía indisolublemente unida con el hombre á quien diera su

corazón y su honor. Desde la hora en que lo vió huésped feliz de su palacio regio, asaltóle por él un amor súbito, el cual, á pesar de la rapidez del nacimiento, estaba llamado á vivir con ella como viviera su alma. Medea recordaba en todas ocasiones adónde su amor la condujera y cómo sacrificara lo más caro por satisfacer á Jasón. Entrególe, sin merced alguna recibida en cambio, la tierra de sus mayores; díjole cuantos secretos necesitaba para vencer los obstáculos opuestos á su empresa; matóle á los piés el monstruo que celaba la prenda requerida, ó sea el áureo vellocino; acabó con la supremacía de un reino donde mandaba su familia; deshonró las canas de su padre y arrojólo desesperado y maldito al Orco; trucidó su propio hermano y esparció en los mares sus restos palpitantes y cruentísimos para que lograrse Jasón feliz regreso á su patria; dióle todas las claves de los enigmas hieráticos, todos los secretos de sus ciencias astrológicas y alquímicas, todos los conjuros necesarios para granjearse los auxilios mágicos de los genios maléficos, todos los filtros y todos los hechizos de su alquimia, los mil horóscopos de sus astrologías á cambio del amor suyo, de un amor sin el cual no tenía para Medea la vida ni el sér precio ninguno, unida, como estaba, con aquel hombre, no sólo merced á los impulsos del corazón, merced á los lazos

del crimen. Y la abandonada y le prefería otra; llamaba mujer á quien no era ella, dejándola sola en tálamo donde había pensado pasar todas las noches de su vida y hasta la perdurable noche del sepulcro. Los celos más rabiosos inspirábanle á una proyectos siniestros de venganza cruel. Así pensaba, en el delirio de su dolor, cuando supo su desgracia, dar contra todo el mundo; herir en el corazón á Creonte y á Creusa; enterrar vivo al propio amado de su alma; truncidar sus hijos, que le recordaban la perversidad del padre; incendiar la ciudad de Corinto entera; oscurecer hasta los aires con las sombras funerarias de su cólera; extinguir las estrellas del cielo, y hasta derrocar los dioses eternos. No se mueven las tigres heridas, no rugen las leonas febriles, no graznan los cuervos hambrientos, no silban las serpientes acosadas, no emponzoñan las víboras, no gritan las águilas, no devoran las hienas como los instintos feroces de Medea ebria en el insensato delirio de su atroz venganza. La ciencia mágica se veía despreciada por la ciencia racional de un sér superior, y tenía que defenderse con todos sus viejos recursos, y tenía que apelar á todos los mayores extremos. Medea es la alquimia delante de la química, la astrología delante de la astronomía, la cábala delante de la matemática, el augurio delante de la observación, el hechizo y el milagro delante de

la ciencia, el mundo asiático delante del joven mundo heleno, que al comparar su inferioridad nativa con las superioridades múltiples de aquel sobre quien ejerce absoluto imperio, propónese perderlo ya que no puede por manera ninguna esclavizarlo. He aquí el verdadero sentido que debe darse á todo cuanto nos resta por decir aún en la mágica leyenda y tradición de la infeliz desapoderada Medea.

Mientras la maga iba rodando en su cabeza tales homicidas proyectos, preparaba Creonte las nupcias de su hija. El gineceo parecía un bazar, según los objetos que lo llenaban y las mujeres que lo apercebían todo para la próxima ceremonia. Creonte no había querido para su hija domésticas jonias, porque tales preciosas muchachas, de cortes muy escultóricos, de gracias muy finas, de palabras dulces como las mieles áticas, grandes tañedoras de cítara y flauta, podían darle muchos pesares con sus rivalidades en el hogar, y prefería sirias ó egipcias, feas y viejas, incapacitadas, por tanto, de cautivar al joven y apuestísimo Jasón. Aquellas mujeres traían las ánforas llenas de perfumes para que se adobase Creusa, los espejos de metales preciosos para que se contemplase, las joyas y lazos para que se adornase, las sombrillas que debían guarecerla del sol, las pateras reservadas para el lavado de su

cuerpo, los animales domésticos para sus corrales y jardines, como perras de Malta, pavones de Media, papagayos de India, y además las cítaras, y las flautas, y los timbales, y los instrumentos músicos necesarios para el doméstico recreo. Todo estaba ya preparado. El fuego ardía en los altares domésticos, los abanicos de pluma, que debían airear á la novia, estaban abiertos. Habíase ofrecido una ternera de las más hermosas á Diana para que prosperase de grado el himeneo. Habíase desprendido ya Creusa de un rizo de sus cabellos y colgadólo como natural ofrenda en los altares de la diosa. El velo blanco estaba tendido y preparado. Veíase reluciente sobre una sede la cintura nupcial, que las esclavas debían ceñir á la novia y desceñirle al pie del tálamo Jasón. El pariente más próximo se preparaba solícito á tenderle la mano y conducirla en procesión á casa del esposo. Piafaban á la puerta los caballos, tirando bravíos del carro nupcial. Las antorchas ardían ya, las coronas exhalaban sus perfumes como compuestas de flores, colgaba ya el novio su manto del brazo para seguir á la novia, la nupcial cama se había hecho, resplandecían con todas sus preseas las alcobas del amor, las puertas presentaban marcos de bien olientes guirnaldas, veíanse las canastillas de frutos sabrosos llenas, el himno epitalámico resonaba ya, y sobre las mesas